

de hacer daño; á la fascinación de aquel cuello blanco y finísimo.

—¡No, no!—chillaban las mujeres.—¡Ponedla en cueros! ¡Ponedla en cueros!

Cuando en el hotel advirtieron la ausencia de Cecilia, Negrel y el señor Hennebeau abrieron nuevamente la puerta para lanzarse en auxilio de la pobre muchacha; pero la muchedumbre se apinaba contra la puerta, y era muy difícil salir. Habíase entablado una lucha terrible, que los Gregoire contemplaban asustados desde lo alto de la escalinata.

—¡Déjala, viejo! ¡es la señorita de la *Piolaine!*  
—gritó bruscamente la mujer de Maheu, al reconocer á Cecilia.

Esteban, por su parte, horrorizado de tales represalias contra una niña, se esforzaba por arrebatársela á aquellos energúmenos. En aquel momento tuvo una inspiración, y blandiendo el hacha, que arrancara poco antes de manos de Levaque, gritó con fuerza:

—¡A casa de Maigrat, vive Dios!... ¡Allí hay pan! ¡Echemos abajo la tienda de Maigrat!

Y pegó un hachazo contra la ventana del almacén. Algunos le habían seguido, entre los cuales estaban Maheu y Levaque. Pero las mujeres se ensañaban contra Cecilia, que de las manos de *Buenamuerte* había caído en las garras de la *Quemada*. Lidia y Braulio, dirigidos por Juanillo, trataban, andando á cuatro piés, de meterse debajo de sus

faldas, para ver las piernas de aquella señorita. Ya empezaban á desnudarla, ya se oía rajarse la tela del vestido, cuando apareció un hombre á caballo, atropellando briosamente á cuantos no se quitaban pronto de en medio.

—¡Oh! ¡canallas, miserables, vais á matar á nuestras hijas ahora!

Era Deneulín, que llegaba en aquel momento para comer en casa de Hennebeau. Manejando el caballo con gran habilidad, se abalanzó al grupo, cogió á Cecilia por la cintura, la subió hasta colocarla en el borrén delantero de la silla, y atropelló de nuevo á los grupos, que se retiraban ante las brutales acometidas del caballo, que se iba á la empuñada. Junto á la puerta del jardín continuaba la batalla. Pero él pasó arrollando á los amotinados. Aquel refuerzo inesperado libró á Negrel y á Hennebeau, que estaban en verdadero peligro; y mientras el joven ingeniero entraba en el hotel, sosteniendo á Cecilia, que estaba desmayada, Deneulín, que ayudaba á Hennebeau á defenderse, recibió una pedrada, que por poco le destroza el hombro.

—¡Eso es—gritó;—rompedme ahora los huesos, después de haberme roto las máquinas.

Y cerró rápidamente la puerta, contra la cual fueron á estrellarse cincuenta ó sesenta piedras lanzadas con furia.

¡Perros rabiosos!—dijo Deneulín.—Si me descuido, me rompen la cabeza... Y no puede uno

quejarse; porque, ¿qué queréis hacerle, si los muy brutos no saben otra cosa?

En el salón, Gregoire y su mujer lloraban, contemplando cariñosamente á Cecilia, que iba recordando el conocimiento. No le habían hecho nada, ni siquiera un arañazo; no había perdido más que el velo del sombrero. Pero su susto aumentó al ver allí á Melanía, su cocinera, que subía á decirles que habían querido demoler la *Pitolaine*. Llena de miedo se apresuraba á ponerlo en conocimiento de sus amos. Había entrado por la puerta entreabierta en el momento de mayor tumulto, sin que nadie notase su presencia; y en su interminable relato, aquella piedra de Juanillo que no había roto más que un cristal, uno solo, se convertía en un verdadero bombardeo capaz de resentir todas las paredes. Los señores de Gregoire estaban aterrorizados al ver que querían matar á su hija y demoler su casa. ¡Luego era verdad que aquellos obreros les tenían odio porque vivían sin hacer nada y á costa de ellos!

La doncella Rosa, que había acudido con una toalla y un tarro de agua de colonia, repitió por tercera vez:

—Pues es raro todo esto, porque, á la verdad, no son malos.

La señora de Hennebeau, sentada en un sillón, muy pálida, no lograba reponerse de su violenta emoción; y sólo pudo sonreír cuando oyó que todos felicitaban á Negrel. Parecía que no había sido el

señor Deneulin el salvador de Cecilia. Sobre todo, los padres de ésta daban calurosamente las gracias al joven, á quien ya consideraban como yerno suyo. El señor Hennebeau contemplaba aquella escena, yendo de su mujer al querido de ésta, á quien había pensado matar aquella mañana, y desde Negrel á la joven, destinada probablemente á desembarazarle pronto de su sobrino. No tenía prisa ninguna, porque le asustaba pensar á dónde iría á parar su mujer: tal vez á caer en brazos de un lacayo.

—Y á vosotras, niñas mías—preguntó Deneulin á sus hijas,—¿no os han roto nada?

Lucía y Juana tenían mucho miedo, pero, después de todo, estaban satisfechas de haber visto aquello, y, pasado el susto, reían de lo lindo.

—¡Caramba!—exclamó su padre.—¡Vaya un día el de hoy!... Si queréis dote, tendréis que ganarla vosotras mismas, si no llega el caso de que os veáis en la precisión de mantenerme.

Aunque con voz insegura, estaba bromeando; pero no pudo contener las lágrimas cuando sus dos hijas se echaron á su cuello, besándole cariñosamente.

El señor Hennebeau había oído aquella confesión de ruina, y una idea repentina acudió á su mente. De seguro que Vendome sería al cabo de los de Montson; aquello era su desquite, que le haría reconquistar el perdido favor de la Compañía. En todos los desastres de su vida se refugiaba en

la estricta obediencia de las órdenes recibidas, porque, educado militarmente, tal conducta le servía de consuelo en sus pesares domésticos. Poco á poco, todos fueron tranquilizándose, y el salón, iluminado por los dos quinqués, fué adquiriendo su aspecto normal. ¿Qué sucedería en la calle? Porque ya no se oía á las turbas, ni tiraban piedras á los balcones, notábanse sólo murmullos imponentes, pero lejanos. Todos quisieron saber á qué atenerse, y salieron al vestíbulo con el fin de dirigir una mirada á la calle, á través de la vidriera. Las señoras de Hennebeau y de Gregoire, y las tres jóvenes, subieron al piso principal y procuraron ver lo que sucedía, á través de las persianas.

—¿No veis á ese canalla de Rasseneur á la puerta de la taberna de enfrente?—dijo el señor Hennebeau á Deneulin. Es menester á todo trance deshacerse de él.

Y, sin embargo, no era Rasseneur, sino Esteban, quien derribaba á fuerza de hachazos las puertas de la casa de Maigrat. Y seguía llamando á sus compañeros: ¿acaso lo que había allí dentro no era de los mineros? ¿Acaso no tenían el derecho de arrebatar lo que les pertenecía, á un ladrón que estaba explotándolos desde tiempo inmemorial, y que los mataba entonces de hambre, obedeciendo órdenes de la Compañía? Poco á poco, todos fueron abandonando el hotel del director, para acudir á la tienda contigua. El grito de: «¡pan, pan, pan!» hendía nuevamente los aires. De seguro encontra-

rían pan detrás de aquella puerta. La rabia del hambre se apoderaba otra vez de ellos, como si bruscamente se hallaran sin fuerzas para esperar más, temerosos de caer desfallecidos en medio de la carretera. Tal era la aglomeración de gente, que Esteban temía herir á alguien, cada vez que levantaba el hacha para golpear la puerta.

Entre tanto, Maigrat, que había salido al vestíbulo del hotel, se refugió primero abajo en la cocina; pero soñando con atentados abominables contra su casa, no pudo contener su impaciencia y acababa de subir al jardín para ver lo que sucedía, cuando vió que, en efecto, asaltaban la tienda con horrible clamoreo, en medio del cual se oía su nombre distintamente. No, no era una pesadilla; estaba despierto; contemplaba desde allí todo el espectáculo del pillaje de su propiedad. Cada hachazo de Esteban se lo daban en el corazón. Ya estaba casi rota la puerta; un momento más, y se apoderaban de la tienda. Allá en su imaginación reconstruía exactamente las escenas que iban á tener efecto; veía á todos aquellos bandidos rompiéndolo, destruyéndolo todo, apoderándose de cuanto encontraban á mano, comiendo y bebiendo cuanto allí tenía, y acabando por quemar la casa. No, no era posible resignarse de aquel modo á contemplar su ruina; no, antes morir. Desde que se hallaba en el jardín, estaba viendo en una ventana de su casa, de las que daban á la fachada de detrás, la silueta de su pobre mujer, pálida y temblorosa, mirando á la ca-

lle á través de los cristales: indudablemente esperaba resignada los golpes que de seguro iba á recibir. ¡La pobre estaba tan acostumbrada á padecer!

En aquella parte de la casa había un cobertizo, de tal suerte colocado, que desde el jardín era fácil llegar á él subiéndose por la tapia del mismo; luego no era tampoco difícil subir, con ayuda de los árboles, hasta las ventanas de casa de Maigrat. Y la idea de tener que entrar de aquel modo le atormentaba con cierto remordimiento por haber salido de allí. Tal vez hubiera podido librarse de la muerte formando detrás de ella una barricada con los muebles; después podría recurrir á otros medios heroicos de defensa, tal como verter aceite ó petróleo ardiendo desde las ventanas. Pero aquel cariño á sus mercancías luchaba con su miedo cerval y su natural cobardía. De pronto, al oír un hachazo más fuerte que los demás, acabó de decidirse. La avaricia triunfaba: él y su mujer defenderían los sacos de provisiones hasta perder la última gota de su sangre.

Pero casi en seguida que se subió al techo del cobertizo, oyéronse gritos terribles:

—¡Mirad, mirad!... ¡Ese ladrón está ahí arriba! ¡al gato, al gato!—gritaban los amotinados.

Acababan de ver á Maigrat en el tejado del cobertizo. Á impulsos de la extraña fiebre que le dominaba, y á pesar de su obesidad y pesadez, había trepado ágilmente por la tapia y se esforzaba por llegar á una ventana. Quizás lo hubiera conse-

guido, á no echarse á temblar de miedo que le alcanzara alguna piedra; porque las turbas, á las cuales ya no veía, seguían voceando en la calle:

—¡Al gato, al gato!... ¡Hay que cazarlo!

Bruscamente, le faltaron las dos manos á la vez, y, cayendo como una bola, tropezó en la canal del tejado, y fué á dar en tierra con tan mala suerte, que se abrió la cabeza en la caída. Quedó muerto de repente. Su mujer, asomada á la ventana, pálida y temblorosa, continuaba mirando.

La primera impresión de la muchedumbre fué de estupor. Esteban se detuvo con el hacha entre las manos; Maheu, Levaque, todos los demás, olvidaban la tienda, con la cabeza vuelta hacia el sitio de la catástrofe, contemplando un hilo de sangre que salía de la frente del muerto. Cesaron los gritos, y en la semi-oscuridad del crepúsculo se produjo un silencio profundísimo.

De pronto empezó de nuevo la gritería. Eran las mujeres, las cuales se habían precipitado hacia el muerto, acometidas de la embriaguez de la sangre cuyas gotas veían.

—¡Es verdad que hay Dios! ¡Ah, canalla; ya se acabó!

Rodeaban el cadáver todavía caliente, lo insultaban con sus carcajadas, llamándole canalla y granuja; escupían en la cara de aquel muerto, el rencor producido por la vida de miseria y de hambre.

—¡Yo te debía setenta francos! ¡pues ya estás

pagado, ladrón!—dijo la mujer de Maheu, más furiosa que todas las demás.—Ya no te negarás á fiarme... ¡Espera! ¡espera! ¡que todavía voy á darte de comer!

Con los diez dedos arañó la tierra y cogió dos puñados de ella, con los cuales le llenó la boca violentamente.

—¡Toma! ¡come, bribón!... ¡Toma! ¡come, come, como nos devorabas antes!

Las injurias menudeaban, mientras el muerto, tendido boca arriba, miraba, inmóvil, con los ojos abiertos, la inmensidad del cielo, medio envuelto ya en tinieblas. Aquella tierra con que le llenaron la boca era el pan que se había negado á dar á los demás, y ya no comería más que de aquel pan. En verdad que estaba pagando caro las infamias que había cometido con los pobres. Pero las mujeres deseaban vengarse todavía más.

—¡Es menester destrozarlo!

—¡Sí, sí! Que no queden ni señales de ese cuerpo! ¡Nos ha hecho mucho daño!

La Mouquette empezó á quitarle los pantalones, ayudada por la Levaque, que le levantaba las piernas. Y la *Quemada*, con sus escuálidas y arrugadas manos de vieja, le abrió los muslos, empuñó aquella virilidad muerta, y haciendo un esfuerzo salvaje, trató de arrancarla de un solo tirón. Pero los ligamentos resistían; tuvo que empezar otra vez, hasta que acabó quedándose en la mano con aquel jirón de piel velluda y ensangrentada que

agitó en el aire, prorrumpiendo al mismo tiempo en una bestial carcajada de triunfo.

—¡Ya lo tengo! ¡ya lo tengo!

Multitud de voces chillonas saludaron con imprecaciones el horrendo trofeo.

—¡Al bribón! ¡ya no te meterás más con nuestras hijas!

—¡Sí, ya se acabaron tus infamias!

—Ya no tendremos que comprar el pan á costa de nuestro cuerpo.

Aquellas infames salvajadas producían un placer terrible. Unas á otras, las mujeres se enseñaban aquel ensangrentado despojo, como si fuese un reptil venenoso que á todas las hubiera picado y que veían inerte y á merced de ellas en aquel momento. Todas le escupían, todas le insultaban groseramente, todas repetían en un furioso acceso de desprecio:

—¡Anda, anda; que te entierren así, grandísimo bribón!

La *Quemada* colocó entonces aquel jirón de carne en la punta de un palo; y levantándolo en alto, tremolándolo como si fuese un pendón, se echó á la carretera corriendo y dando voces, seguida por aquella turba de mujeres desgredadas y medio desnudas. La sangre chorreaba por el palo, y aquel pedazo de carne pendía de la punta como un despojo colgado de un gancho de carnicero. Allí arriba, en la ventana, la mujer de Maigrat continuaba inmóvil; pero á los últimos reflejos del sol que se

ocultaba, cualquiera que la hubiese observado, hubiese visto, á través de los cristales, cierta contracción de sus facciones que parecía una sonrisa. Harta de golpes, harta de vivir despreciada y pospuesta á todas las mujeres que visitaban su casa, harta de trabajar desde por la mañana hasta la noche, tal vez sonrefa, en efecto, al ver correr á aquellas mujeres en pos del sangriento despojo de su marido.

La horrenda mutilación se había verificado, produciendo un horror profundo en los hombres. Ni Esteban, ni Maheu, ni los demás tuvieron tiempo de intervenir para evitarla: é inmóviles permanecieron también ante aquella furiosa carrera repugnante. A la puerta de la taberna Tison se asomaban algunas cabezas: Rasseneur, pálido de indignación, y Zacarías y Filomena estupefactos por lo que habían visto. Los dos viejos, *Buenamuerte* y Mouque, meneaban la cabeza con extraña expresión. Solamente Juanillo se reía, dando codazos á Braulio, y obligando á Lidia á que levantase la cabeza. Pero las mujeres regresaban ya, desandando lo andado, y pasaban por debajo de las ventanas de la Dirección. Y desde detrás de las persianas, las señoras y señoritas que estaban allí, alargaban el cuello para enterarse de lo que sucedía. No habían podido ver la escena, no sólo á causa de la tapia del jardín, sino por efecto de la semi-oscuridad del crepúsculo.

—¿Qué traen en la punta de aquel palo?—preguntó Cecilia, que desde allí se atrevía á mirar.

Lucía y Juana dijeron que debía ser una piel de conejo.

—No, no—murmuró la señora Hennebeau;—habrán robado en alguna tienda, porque parece el despojo de un cerdo.

En aquel momento se estremeció y calló. La señora Gregoire acababa de hacerla una seña con la rodilla. Las dos quedaron aterradas. Las tres señoritas, muy pálidas, no preguntaban ya, y seguían con ojos espantados aquella visión horrible que iba desapareciendo en la oscuridad.

Esteban blandió de nuevo el hacha. Pero el malestar general no se disipaba; aquel cadáver tendido en el suelo protegía la tienda. Muchos habían retrocedido. Maheu permanecía sombrío y contemplando el horrible espectáculo de la muerte, cuando oyó una voz que le hablaba al oído, diciéndole que se escapase. Volvió la cabeza, y reconoció á Catalina, que estaba todavía vestida de hombre y negra de carbón. La rechazó con un gesto. No quería oírla, y la amenazaba con pegarla. Entonces ella pareció desolada; vaciló un momento, y corrió hacia Esteban:

—¡Escápate, escápate, que están ahí los gendarmes!

También él la rechazaba y la injuriaba, sintiendo que á su mejilla subía la sangre al recuerdo de las bofetadas. Pero ella no se daba por vencida, y le decía que tirase el hacha; le cogía por los brazos, y con fuerza irresistible le arrastraba en pos de sí.

—¡Cuando te digo que están ahí los gendarmes!... Óyeme. Si lo quieres saber, te diré que Chaval ha ido á buscarlos, y los conduce hasta aquí... Escapa, porque no quiero que te cojan.

Y se lo llevó de allí en el instante que á lo lejos se oía el rápido galopar de muchos caballos. De pronto se oyó el grito de:

—¡Los gendarmes! ¡Los gendarmes!

Y todos huyeron á la desbandada, tan precipitadamente, que, en menos de dos minutos, la carretera quedó desierta, como barrida por un huracán terrible. Sólo el cadáver de Maigrat formaba una mancha de sombra en lo blanco del camino. En la puerta de la taberna Tisón no quedó más que Rasseneur, que, alegre y tranquilo, se felicitaba por la llegada de los soldados; mientras que todos los burgueses de Montson, en pie, sudando de espanto, detrás de sus persianas, dando diente con diente, esperaban ver á los gendarmes. La caballería se aproximaba al galope, y un momento después los gendarmes, en columna cerrada, desembocaban por una calle del pueblo. Y detrás de ellos, confiado á su custodia, llegaba el carro del pastelero de Marchiennes, y de él saltaba al suelo un marmitón, quien con la mayor tranquilidad del mundo empezó á desempaquetar los postres de dulce para la comida del director.



## PARTE TERCERA

### I.

**T**RANSCURRIÓ la primera quincena de Febrero; un frío extraordinario y seco prolongaba el invierno sin compasión para los pobres. Varias autoridades, y entre ellas el Gobernador de Lilla y un juez especial, habían recorrido la comarca.

Y no bastando los gendarmes, se había mandado tropa á Montson: un regimiento entero, que se acantonó en Beaugnies y en Marchiennes. Pequeños destacamentos guardaban las minas, y al lado de cada máquina había un centinela.

El hotel del director, los talleres de la Compañía, y hasta las casas de algunos burgueses, se veían erizadas de bayonetas. Por los caminos no se oía más que el acompasado paso de las patrullas.